

La casa de los extraños huéspedes

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *The House of Strange Guests*

En cubierta: © rawpixel

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© De la traducción, Natalia Zarco

© Ediciones Siruela, S. A., 2025

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 979-13-87688-32-5

Depósito legal: M-11.830-2025

Impreso en Gráficas Dehon

*Printed and made in Spain*

Papel 100% procedente de bosques gestionados  
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Nicholas Brady

LA CASA DE LOS  
EXTRAÑOS HUÉSPEDES

Traducción de Natalia Zarco

 Siruela

Libros del Tiempo / Biblioteca de Clásicos Policiacos

## El cadáver en el cuarto de baño

El sargento Moody saltó de su escritorio en la comisaría de policía de Streatham y llamó al inspector de investigación Hallows.

—Hay un hombre al teléfono —dijo—. Acaba de comunicar un deceso. ¿Quiere hablar con él, señor?

—Estas cosas siempre pasan justo cuando lo que quiero es irme a casa a cenar —se lamentó Hallows—. En fin, paciencia, veamos de qué se trata.

Echó automáticamente un vistazo al reloj antes de levantar el auricular. Eran las ocho y veinte.

—Al habla el inspector Hallows —dijo—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Llamo desde The Gables, la casa roja que hay en la parte alta de Streatham Common<sup>1</sup> —dijo una voz profunda al otro lado de la línea—. Soy Summers, el mayordomo. He encontrado a mi señor, mister Mostyn, muerto en la bañera.

—¿Alguna idea sobre la causa de la muerte? —preguntó el inspector.

—Sí —fue la respuesta—. El señor abrió la espita del calentador de agua y el cuarto estaba saturado de gas. He consegui-

<sup>1</sup> Enorme zona verde que aún hoy existe. (*Todas las notas son de la traductora*).

do entrar y abrir una ventana, y ahora estoy esperando a que se ventile un poco. Aun así, he sacado a mi señor del cuarto. No tengo la menor duda de que está muerto, pero el asunto no puede haber ocurrido hace mucho, puesto que...

—Dejemos esas explicaciones por el momento. Voy enseguida y podrá contarme todo con detalle. No vuelva a tocar el cadáver hasta que yo llegue. Estaré ahí en unos cinco minutos. —Y colgó.

—¿Alguno de vosotros conoce a un tal Mostyn de The Gables, en Streatham Common? —preguntó mientras bregaba para ponerse el abrigo.

—Sé que es un tipo sobre los cincuenta años, rico, soltero, jubilado, y me parece que no sale mucho —dijo Moody comprimiendo toda la información en una sola frase, convencido de que la velocidad era sinónimo de eficiencia.

—Parece que se ha suicidado —comentó el inspector—. Voy ahora al lugar, pero no creo que me pare demasiado, más que nada porque tiene pinta de ser otro caso para el juez de instrucción.

Hallows esperó mientras el detective Simmons se preparaba para acompañarlo. Luego, ambos salieron de la comisaría, subieron a un autobús y, tres minutos después, bajaron en una de las esquinas de Streatham Common. Allí, los hombres del DIC<sup>2</sup> tomaron uno de los autobuses hacia Crystal Palace, y bajaron de un salto antes de que se presentara el revisor.

Una luna jaspeada luchaba por mostrar su rostro a través de un banco de nubes en rápido movimiento. La extensión del Common estaba delimitada casi de forma geométrica por hileras de farolas, pero, pese a la línea de luces, el parque tenía un aspecto sombrío y siniestro. Los dos hombres rebasaron algunas casas, deteniéndose de vez en cuando para echar un vistazo a los nombres que aparecían en las verjas oscuras.

—Aquí es —dijo al fin el inspector.

<sup>2</sup> Departamento de Investigación Criminal.

Estaban en el maltrecho tramo de acera que había delante de una ancha verja de hierro. Justo al otro lado aparecía la enorme silueta negra de una mansión rodeada de penumbra. Dos luces brillaban en las ventanas del primer piso, y un rectángulo luminoso se filtraba por la puerta acristalada de la planta baja, dibujando una franja amarillenta en el prado que se extendía frente a la casa. La verja soltó un chirrido cuando Hallows la empujó y los dos hombres avanzaron a lo largo del caminillo de grava. Alcanzaron la puerta de The Gables unos treinta pasos después, pero antes de que les diera tiempo de llamar al timbre una luz se encendió de repente en la entrada y la puerta se abrió.

—¿Son ustedes de la policía? —preguntó el hombre que los recibió. Tenía la típica impasibilidad de quien está adiestrado en el arte del servicio doméstico, ese aire frío e imperturbable que solo un mayordomo profesional puede tener.

—Somos de la policía, sí —respondió el inspector, entrando sin esperar a que lo invitasen. Una vez dentro, se detuvo y miró a su alrededor.

Mucha gente en la policía estaba convencida de que Hallows se había hecho famoso precisamente por la extraordinaria curiosidad que demostraba en todas las circunstancias. ¿Quién? ¿Por qué? ¿Cuándo? ¿Dónde? Parecía que todas esas preguntas le brotaban espontáneamente de los labios. Solo la idea del cadáver en el baño y la imagen mental de la cena que lo esperaba le hicieron contener la lengua mientras observaba los muebles elegantes, las cortinas elaboradas y los suelos de madera de pino.

—¿Dónde está el cuerpo? —preguntó dirigiéndose hacia la amplia escalinata antes de terminar la pregunta.

Summers, resignado, agachó la cabeza con gesto compungido, se disculpó con voz sepulcral pasando delante del inspector y empezó a subir la escalera.

Los hombres del DIC se pusieron en fila como si fueran en comitiva. Nadie habló mientras el terceto recorría la curva

hacia la cima de la escalera y cruzaba el pavimento brillantado del ancho pasillo. Dos luces con recias tulipas iluminaban débilmente el rellano.

—Ya hemos llegado —dijo el mayordomo abriendo una puerta de uno de los extremos del corredor y señalando al interior como si tuviera que salvaguardar la dignidad del dueño de la casa incluso en el umbral del cementerio.

Hallows fue el primero en entrar, seguido de inmediato por los otros dos.

A juzgar por el aspecto del cuarto, Mostyn parecía un amante de los objetos refinados. En el suelo de la enorme estancia había una magnífica alfombra Aubusson, y la decoración de nogal macizo relucía a la luz de las lámparas de seda. Sobre las mantas había extendido un cobertor bordado.

—Ya hemos llegado —repitió el mayordomo, como quien ilustra el recorrido de un museo a un grupo de turistas. Luego señaló con la mano hacia un diván que estaba colocado de través en una alcoba esquinera.

Las piernas desnudas de un hombre eran visibles hasta la rodilla, y el resto del cuerpo estaba tapado con una bata. Hallows cruzó la habitación, apartó la prenda y observó el cadáver.

El muerto tendría unos cincuenta años; el cabello había empezado a escasear en la frente y varias franjas adiposas atestiguaban una vida poco activa. Tenía los ojos cerrados.

El fuerte olor a gas impregnaba la sala, cargando los pulmones de los tres hombres con molesta intensidad.

—Enséñeme dónde lo ha encontrado —ordenó el inspector.

Summers se dirigió hacia una puerta al fondo del dormitorio y la abrió desvelando un lujoso cuarto de baño, las paredes y el suelo decorados con baldosas que imitaban el mármol. En el rincón se hallaba una enorme bañera negra con el borde blanco. Las ventanas estaban abiertas, pero el olor a gas era todavía muy intenso. El inspector hizo un gesto con la cabeza señalando el agua de la bañera.

—¿La ha vaciado parcialmente? —preguntó.

El mayordomo negó con énfasis.

—No. Pensé que sería mejor no tocar nada hasta su llegada. Esos charcos en el suelo se han producido cuando he sacado el cuerpo de la bañera. Todavía tengo la ropa empapada.

—¿El rostro del muerto estaba bajo el agua cuando usted lo encontró?

—Sí, pero no del todo. La boca, por ejemplo, estaba casi cinco centímetros por encima. Si se hubiera hundido un poco más, habría acabado sumergido del todo. Como ve, sin embargo, la bañera es cuadrada. Por eso no se ha deslizado más hacia el fondo, como le habría ocurrido en una bañera normal.

—¿Qué hora era cuando lo ha encontrado?

—Entre las ocho y diez y las ocho y cuarto.

—Quizá convendría que me lo contara todo. Las preguntas se las haré cuando haya acabado. Ánimo, empecemos.

—No es que pueda contar mucho. Aquí se cena a las ocho y cuarto. El señor, por lo general, bajaba sobre las ocho, a tiempo para tomar un aperitivo antes de la cena. Puesto que esta noche no lo hizo a su hora habitual, pensé que quizá me necesitaba para algo y decidí subir. Lo primero que noté es que no se había vestido aún para la cena, porque la ropa estaba todavía donde la había dejado yo, a un lado de la cama. Naturalmente, pensé enseguida que había ocurrido algo extraño. La puerta del baño estaba cerrada con llave desde dentro y llamé un par de veces sin resultado. Comprendí entonces que algo no iba bien, así que cogí la llave de mi manojo, el señor tenía una y yo otra, y abrí la puerta. Lo primero que pensé fue que tenía que volver al dormitorio rápidamente, pues el olor a gas era terriblemente penetrante, mucho peor de lo que es ahora. Cogí la chaqueta del pijama del señor, me la até a la nariz y la boca y corrí de nuevo al baño. Tuve que hacer dos intentos antes de conseguir abrir las ventanas. Y cuando lo logré tuve que esperar a que corriera un poco el aire en la estancia y a que el gas se diluyese lo suficiente para poder entrar y ver qué había ocurrido. Y supongo que pasaron otros dos o tres minutos an-

tes de que lograra llevar a mi señor hasta el dormitorio. Luego corrí a llamarles a ustedes.

—No sea más misterioso de lo necesario —observó el inspector—. Antes ha dicho usted que la puerta del baño estaba cerrada por dentro con llave. Y puesto que la cerradura es una Yale, se cierra simplemente de un golpe, ¿no es así? La operación es del todo automática.

—Sí, señor. Obviamente en ese caso no haría falta una llave.

—Y, de todas formas, la gente cuando entra al baño cierra la puerta, habría sido sorprendente encontrarla abierta, ¿no le parece?

—Exacto. Y le confirmo que el señor cerraba siempre la puerta.

—¿Tiene alguna idea de qué motivo podría tener para suicidarse?

—¿Quién dice que se ha suicidado? —preguntó el mayordomo.

Hallows soltó un suspiro profundo y se encogió de hombros.

—¿Quién dice lo contrario? —respondió—. Me parece que no ha reflexionado lo suficiente sobre la situación. Tenemos un hombre que cierra la puerta del baño, se sienta en la bañera y abre la llave del gas sin encender la llama de la caldera. Si eso no es un suicidio, dimito como detective. ¿Usted qué opina, Simmons? ¿Ha visto alguna vez un caso más diáfano?

—Si pudiera usted aclararme una cuestión, señor, estaría completamente de acuerdo con su teoría.

—Bueno, ¿qué cuestión es esa?

—¿Ha observado bien el cadáver, señor?

—No en detalle. Pensaba hacerlo después de revisar el cuarto de baño. ¿Por qué? ¿Cuál es el problema?

—Vamos a mirar de nuevo —dijo Simmons—. Quizá estoy equivocado, pero aun así hay algo que no me convence.

Entraron de nuevo al dormitorio.

—Ahora vamos a examinarlo como es debido —dijo Simmons apartando de nuevo la bata del muerto.

Hallows fijó la vista en el cuerpo del difunto.

—¿Qué le parece tan extraño? —le preguntó a Simmons.

—Solo esto —respondió el detective—. La semana pasada me llamaron de una casa de Mitcham Lane por una mujer que acababan de apartar de un horno de gas. Se trataba de un suicidio sin la menor duda. La mujer murió por intoxicación con gas y eso es indiscutible. Pero también lo es que su aspecto no se parecía en nada al de este hombre. Y si ella murió por envenenamiento debido al gas, es imposible que esta persona haya muerto por la misma causa. Por tanto, dado que el médico de la policía juró en la declaración que la causa del deceso había sido el gas, estoy dispuesto a jurar, también yo, que este hombre no ha muerto por haber abierto la llave del gas del calentador de agua.

El inspector miró a su subordinado con expresión incrédula, luego se agachó a examinar de nuevo el cadáver. Por último, se rascó la cabeza y soltó un reniego en voz baja.

—Naturalmente —dijo—, hace años que no hago operaciones de primeros auxilios y mi memoria ya no es la que era. Quizá sería mejor que me dijera por qué está convencido de que este hombre ha muerto por otra causa. No será usted doctor, ¿no?

—En primer lugar, y por ir de delante a atrás, hay una buena razón para creer que la muerte la ha provocado el gas: este hombre tiene las pupilas dilatadas.

—Pero ¿no iba usted a demostrar lo contrario?

—Ya voy, señor, he pensado que sería mejor mencionar antes de nada ese detalle, puesto que no concuerda con mi hipótesis. La mujer de Mitcham Lane tenía extrañas manchas en el rostro: manchas rojas con zonas blancas, no sé si me explico. Pero el de este hombre es casi normal. La parte posterior del cuello de la mujer estaba enrojecida, cosa que no se puede decir de él. Y ella olía terriblemente a gas, sobre todo al acercar la nariz a sus labios. Aunque también este hombre apesta a gas, el olor no es más fuerte en los labios que en el pecho.

—¿Alguna otra observación? —preguntó Hallows sinceramente impresionado.

—Solo una —respondió el detective—, pero importante. La mujer tenía una baba alrededor de la boca, mientras que la de este hombre está limpia. ¿Le ha limpiado usted los labios, Summers?

—No —respondió el mayordomo—. No he hecho nada más que sacarlo del baño y echarle la bata por encima. He visto de inmediato que estaba muerto.

—¿Y cómo ha estado tan seguro mientras lo sacaba de la bañera? —preguntó el inspector.

—He escuchado su corazón y le he tomado el pulso, luego le he acercado a los labios el espejito que suele tener en la mesilla. Cuando estuve en el ejército trabajé en el cuerpo médico.

—Esta historia es cada vez más misteriosa —dijo Hallows—, y puesto que el que ha aportado la mayor parte del misterio ha sido usted, Simmons, le encomiendo la tarea de decirme qué cree que ha sucedido. Adelante, ¿cómo ha muerto este hombre?

El detective empezó a pasearse adelante y atrás, mirando la alfombra como si estuviera hipnotizado por sus dibujos. Pasó un rato hasta que retomó la palabra.

—Yo la definiría como muerte accidental —dijo por fin.

—Esta sí que es buena —saltó el inspector—. ¿Cómo ha llegado a esa conclusión?

—Es solo una hipótesis, claro —dijo Simmons como disculpándose.

—Puesto que este hombre no ha dejado ningún documento escrito sobre sus intenciones, creo que tendremos que conformarnos con una simple hipótesis —comentó Hallows con ligera ironía.

—Dígame una cosa, Summers —dijo Simmons—: ¿ha tenido alguna vez el señor problemas de corazón?

—Tenía leves crisis respiratorias de vez en cuando, con dolor en el pecho, pero nada de verdad grave. Siempre he pensado que se debía a que fumaba en exceso.

—Eso encajaría con lo que tengo yo en mente. Lo que creo que puede haber sucedido, según mi opinión, señor, es esto: creo que este hombre abrió el gas del calentador con la intención, lógicamente, de acercar una cerilla a la espita. Pero antes de poder encenderla se ha visto sorprendido por un ataque cardíaco. No hay peor lugar que el baño para ataques de ese tipo, porque la sala siempre está sobrecalentada y el vapor que sale de la bañera vuelve el aire sofocante. Por eso mi hipótesis es que este hombre se ha escurrido en la bañera después de un infarto, muriendo incluso antes de que el gas invadiera el cuarto. Eso explicaría el caso completo, señor, ¿no le parece?

Hallows sonrió y asintió, pero sin ningún deseo de echar el freno a la excesiva propensión a las hipótesis que afligía a su subordinado, porque era precisamente de intenciones como esa de donde salían los buenos policías.

—Y ahora, permítame un par de preguntas —dijo sin dejar de sonreír.

—No soy un experto —respondió apresurado Simmons, que sabía de lo que era capaz el inspector cuando daba rienda suelta a su pasión por las preguntas.

—Supongamos que sí lo es. ¿Por qué razón una persona se pondría a encender el calentador estando ya dentro de la bañera?

—Quizá estaba de pie al lado de la bañera, señor. Yo he dicho que podría haber resbalado y caído al agua.

—Entonces, explíqueme cómo se hace para caer dentro de una bañera con la espalda donde los grifos y los pies hacia el fondo desde una posición normal.

—Pero si estaba sentado con la espalda donde los grifos, señor, este hombre no podía encontrarse en una posición normal. Tuvo que haberse girado en el otro sentido.

—No necesariamente, Simmons. Hay mucha gente que se baña con la espalda donde los grifos. Yo, por ejemplo. Porque de este modo se entra en el agua más fácilmente. Pero ahora no perdamos tiempo con esta historia. Admitamos que su hi-

pótesis de la caída sea correcta. Entonces, explíqueme: ¿cómo hizo este hombre para resbalar y acabar sentado en la bañera?

—Estoy de acuerdo con usted en que ese es uno de los obstáculos, señor. No obstante, en definitiva, pienso que podría ser posible. Quizá cayó tumbado a lo largo en la bañera, se recuperó un poco como para incorporarse y acomodarse y murió antes de poder alcanzar la llave del gas y cerrarla. Eso cuadraría con todos los hechos que conocemos, señor.

—Si le echa otro vistazo, verá que tiene el cabello seco. ¿Cómo se explica eso, Simmons?

—No se me ocurre nada, señor.

—Tampoco a mí. Así que pasemos al siguiente punto. Se dará usted cuenta, naturalmente, de que nadie puede encender una caldera si no tiene a mano una cerilla. Por lo que, de ser cierta su hipótesis, deberíamos encontrar una cerilla en el suelo cerca de la bañera o en el agua. Venga, vamos a buscar.

—No la encontrarán —dijo el mayordomo mientras los dos policías se dirigían al baño—. No se utilizan cerillas para este tipo de caldera. Tiene una pequeña llama piloto que está encendida día y noche. Apenas se abre el grifo del agua caliente, el calentador se enciende de manera automática.

—Parece que esto tira por tierra su hipótesis, Simmons —comentó el inspector—. De todos modos, vamos a echar un vistazo a ese artilugio para comprobar si ha habido algún fallo en el encendido.

Los hombres entraron de nuevo en el baño y Hallows se agachó para mirar debajo del calentador.

—¿Dónde está esa llama que dice, Summers? —preguntó incorporándose.

—Ahora se la muestro —respondió el mayordomo agachándose a su vez. Pero se levantó de inmediato soltando un débil silbido.

—¿Y bien? —insistió el inspector.

—El mecanismo está aquí debajo —respondió Summers señalándolo—. Pero ahora la llama está apagada —añadió—.

Alguien debe haberla apagado deliberadamente o le ha soplado.

—¿No puede haberse apagado sola? —preguntó Hallows.

—Imposible, señor. Tenemos esta caldera desde hace tres años y esta es la primera vez que veo la llama apagada. Visto lo visto, realmente parece un suicidio.